



NOCHE DE SAN JUAN

por Alejandro Casona

¡Pobre *Aurá!* ¡Cuántas maldiciones, cuántas mentiras crueles se amontonaron sobre tu carne renegrida y podre!

— Fue una venganza criminal, contra todos —decían los hombres, crispados de hieles inútiles.

Las mujeres clamaban despeinadas a la luz roja de la mañana, apretando hipos de niño contra el pecho desnudo:

—¡Una mordida de perro rabioso, malditos de vosotros; le habíais insultado, le habíais pegado!

El párroco, transido de terrores antiguos, metía el cascajo de su voz teologal en el estridor de las querellas:

— Pues no, yo no creo que lo hiciera por vengarse. Es más, ni creo que pudiera proponerse ningún fin humano. El mal por el placer del mal, eso fue: espíritu satánico.

—¡Pues al barranco con él! —y aquí se unían todos—. ¡Que no nos manche el cementerio!

¡Pobre *Aurá!*, ¡cuántas maldiciones, cuántas mentiras crueles sobre tu muerte! Pero Dios te habrá perdonado si en aquella hora bajó los ojos hasta tu alma, al resplandor del fuego y las estrellas...

* * *

Le llamaban *Aurá*. Era un idiota corpulento y pueril. Cuando bajaba del monte con el saco limosnero y la alcuza, formaba siempre a su paso una doble acera de niños y de perros cobardes. Sabía cantar y bendecir, con

una melopea de oración las dos cosas, meciendo los hombros pesados a compás. También sabía santiguarse y recitar trozos borrosos de romance; y si se lo mandaban bailaba, pero siempre acababa dando en tierra con su corpachón blando y resoplante. Todo era desproporcionado en él: el alma niña y el cuerpo gigantesco, la multitud de gestos y la escasez de palabras, el aspecto bronco y la ingenua ternura hecha de miedos y asombros. Lo más desproporcionado era la voz: una voz dulce, pequeñita, que al cantar se le enredaba entre las barbas como un pájaro en un zarzal. Sonreía siempre, con una sonrisa quieta, sin contenido, y tenía un lenguaje escaso pero de múltiple sentido, hecho de gestos y palabras cardinales. *Aurá* era su expresión más amplia y repetida, su voz pasional; gritando *aurá* expresaba todos los inocentes superlativos de gozo, de asombro, de miedo y de gula.

Vivía en el monte y pasaba por conocer el lenguaje de los pájaros, que traducía en músicas y prosodias absurdas.

—¿Cómo cantan los malvises en celo, *Aurá?*

Y *Aurá* traducía el celo de los malvises:

Firia forio, firia, forio,
Perejil, peraburibé,
Péscala, péscala,
¡Chon!, ¡chon!, ¡chon!

No bajaba al pueblo más de una vez por semana a buscar pan de caridad. Y los domingos también; pero esos días no pedía; bajaba atraído por el repique de campanas, entraba a la misa con una humildad medrosa de perro acostumbrado al palo, contemplaba asombrado de incienso y de colores las luces del altar, los paños almidonados, el iris de los vitrales; pasaba los ojos como dos manos emocionadas por la carne rubia de los angelotes, los detenía con gula en los racimos salomónicos de las columnas; cuando sonaba el artificio de campanillas y el cáliz consagrado brillaba en lo alto, se arrodillaba temblando de sabe Dios qué oscuras emociones, y en su pecho resonaba el doble golpear de la mano y el corazón. Después se quedaba dormido debajo del púlpito; eran sus misterios gozosos.

Aquel día, en pleno monte, le hizo dar un salto el rumor de bronces que subía del pueblo. Tendió la oreja en dirección del viento; una ráfaga le trajo de lleno el repique jovial de las campanas. ¡Domingo otra vez! Y se apresuró zaqueando monte abajo, hacia la misa.

Al llegar al fondo de la torrentera se detuvo; corría fresco un arroyo de espadañas. Se metió de pies en él y se lavó la cara contra la corriente, riéndose al contemplar su cabezota quebrada en pedazos en el agua y sus barbas donde antiguas babas escarchadas ponían un prestigio de estalactitas. Sonaron de nuevo las campanas y siguió andando por la

orilla, manoteando contra los hilos brillantes de las arañas tendidas en las urces altas. Olía a verano el campo de manzanillas. Unos bigardos de la aldea, en mangas de camisa, cercaban a hachazos un enorme roble seco. Junto a ellos, entre un bullicio de rapaces armados de podones, había un carro de vacas cargado de árgoma bronca y

de ginesta. *Aurá* se quedó mirándolos desde lejos y volvió a reír con un alborozo pueril; le resultaba divertido ver bajar las hachas con su lengua de sol en el filo y no oír el golpe hasta después, cuando las hachas estaban otra vez en alto. Se acercó curioso.

— *Aurá*, ahí viene *Aurá* el tonto — clamaron los rapaces.

— ¿Vas al pueblo, *Aurá*?

Aurá masticó unas palabras afirmativas. Uno de los bigardos tradujo:

— Si no es domingo, tonto. Es san Juan de junio. Baja esta noche y verás. Ese roble, las árgomas, la ginesta, todo va a arder esta noche en la plaza. Hay que alumbrarle una buena hoguera a nuestro señor san Juan.

Siguió el trabajo de leñadores. Cuando el cinturón de hachazos se ciñó del todo al árbol, hubo un ahogo sordo de crujidos y el tronco herido tembló.

— ¡Aparta!

Se desplomó el roble con un estruendo de ramas quebradas.

— ¡*Aurá*!, clamó el idiota saltando de costado, sobrecogido.

Rieron los mozos:





—¡Que te coge!

Pero el árbol ya no se movía. *Aurá* danzaba alegre y gesticulante alrededor de la copa derribada. De repente se detuvo, como si recordara algo penoso; se sonó con la manga, vacilando, y se volvió de nuevo monte arriba. ¡No era domingo!

* * *

Era la fiesta de san Juan, y las campanas repicaron muchas veces en el día. Revolaban azoradas las palomas, quebrándose los bandos en el garabato humeante de los cohetes. El valle se ensordecía de gritos y de músicas celtas.

Aurá percibía desde lejos el guirigay de la fiesta sin atreverse a bajar. Toda la mañana vio pasar caravanas de romería, gaiteras de refajos y pañuelos, con caballos atalajados de flecos, con corderos votivos y canciones.

Cuando cerró la noche, la llamarada roja de los foguerales alumbraba en la aldea un regocijo turnante de danzas en guirnalda y cantos llanos. La devoción cristiana reanimaba sin saberlo liturgias paganas y consagraba a san Juan las fogatas antiguas del solsticio de estío.

Un ruedo de hombres y mujeres cercaba la hoguera grande, trenzados de las manos. Cantaban los hombres:

¡Señor san Juan!
En la foguera
ya no hay qué quemar.

Contestaban las voces delgadas:

¡Que viva la danza
y los que en ella están!

Y el corro se apretaba al arrimo de la llama en la antistrofa gregoriana y grave:

¡Señor san Juan!

Cuando apareció *Aurá* en medio de la plaza, hubo gritos de sorpresa y alborozo. No se había podido contener en el monte; el rumor de la fiesta y las luminarias habían podido en su curiosidad infantil más que el miedo a la gente. Se le admitió en la danza y la canción turnante se reanudó entre bisbiseos de inteligencia. *Aurá* cantaba también, emocionado, solemne. De pronto un bigardo le empujó por la espalda contra la hoguera:

—¡Al infierno con él!

Aurá dio un grito de espanto y se echó atrás. Cayó de espaldas, pesado y largo, entre risas crueles. El corro volvió a cerrarse y siguió sin él. Cuando pudo levantarse ya no le dejaron sitio. Se apartó sacudiéndose, con una sonrisa humilde; en sus ojos, claros de infancia, no había rencor, no había más que el gozo pueril de la llama.

Una hoguera de niños cantaba más allá:

¡Y a coger el trébole
la noche de San Juan!

El trébole, la llama, la danza...
¡Qué feria de emociones primarias para su alma lenta!

Intentó acercarse a otro corro y lo rechazaron. Una moza le empujó con asco, dejándole entre las manos la sensación redonda de una cadera:

—¡Babayo!

Sintió un rijo viril al contacto, pero fue una emoción fugaz; la llama lo borraba todo en él. Reía contemplando el fuego fascinante, ávido de calores rojos y canciones en rolde; y era una risa de todos los miembros que a veces



le hacía prorrumpir en gritos y cabriolas.

Pero ya no se atrevía a acercarse; observaba a distancia, esquivando el bullicio de la gente, y se pasmaba contemplando las siluetas danzantes proyectadas en sombras desmesuradas contra la cal de los muros, y los cohetes de colores que estallaban entre las estrellas.

Le llamaron desde la taberna, donde se refugiaba la gaita y el naipe:

—¿Quieres vino, *Aurá*?

Aceptó, y al beber gesticuló grotesco con una náusea invencible. ¡Vinagre le habían puesto los muy perros! Tiró el vaso escupiendo, y salió de nuevo a la plaza.

Un tropel de niños le envolvió, tirándole de la blusa, mayando, echándole tierra a la cara. Un cohete huido y bajo vino a estallarle entre los pies...

Aurá sintió dominarle otra vez el miedo a la gente, y huyó bajo la sombra de los aleros, a la libertad del monte. En los primeros alcores se detuvo, vueltos los ojos a la aldea. Aún le llegaron las últimas canciones de las hogueras, que comenzaban a apagarse:

—Ya vino san Juan Verde,
ya vino y ya se vuelve...

¡Dios, no poder danzar en las hogueras!

Corría el viento en la noche de junio. Delante de él se extendía el monte comunal, espeso de pinos, de maleza borde y de robledas. Siguió andando con los ojos llenos de recuerdos ardiendo. ¡Hogueras de san Juan!

A medida que se internaba en el monte se espesaban los pinos cercados de árgoma bronca y mazorral, los alisos enjutos, los robles enyedrados de lianas

y nidos. Se detuvo en un claro de campares. La idea de la llama le obsesionaba, y en las sienes le zumbaba un ritmo de canción sanjuanera.

Rompió a bailar bajo la luna desnuda. El viento frío de la madrugada le erizó la pelambre del pecho. ¡Dios, las hogueras!... Y de repente, con un rugido de inspiración, se llevó las manos al pecho, bajo la blusa, crispándola emocionado sobre el mechero de pedernal. Subió al cielo una débil columna de humo.

Bien sabe Dios que no fue venganza, que no hubo heces de odio ni noción siquiera del inmenso daño. No quiso más que encenderle una hoguera suya, de adoración y gozo, a aquel san Juan Verde de los cantares.

Poco tardó en crecer el fuego entre la fronda. Prendían las tamaras como hierba seca, y las malezas altas se abrazaban a los troncos crepitantes de llamas y viento. Se calentaban las resinas, se enroscaban en sierpe las lianas, corrían las llamaradas como torrentes espantados que huyeran monte arriba colgando jirones rojos en los árboles. En pocos minutos el bosque, recalentado al estío, fue una hoguera inmensa y rugiente.

Aurá, en el claro de campares, bailaba borracho de gozos infantiles, tendiendo las manos a las llamas altas desgarradas de viento, en un anhelo de corro danzante y salmodiaba frases sueltas de fiesta:

—¡Señor san Juan... al trébole y al trébole... ¡*auráaa!*

De la guájara espesa brotó el bramido de las alimañas; oyó un grito de pájaros enloquecidos que pasaron volando sobre él, y una torcaz con las plumas ardiendo vino a caer a sus pies jadeante entre la hierba. La miró atónito, y al levantar los ojos en busca



del milagro empezó a darse cuenta confusa de su obra. Quemaba el aire espeso, silbaban las culebras de las cárcavas, los árboles se retorcían crispando al cielo las ramas ardientes; todo el mundo era un alarido rojo de llamaradas y resinas.

Cuando el instinto le avisó era ya tarde; volvió los ojos inútilmente buscando una salida: el fuego le

rodeaba cercando los campares, y se desbordaba monte abajo hacia los bálagos y la granazón de los trigos. Una bocanada de viento y llama le cogió de lleno el rostro, derribándole. Giró sobre sí mismo con un grito sobrehumano, alzando al cielo los brazos, y cayó de espaldas, con fuego entre los cabellos.

¡Señor san Juan!...

En el Valle de Arán

(Social, XV, La Habana, 9 de septiembre de 1930)